

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en las librerías.)

Por un mes. 4 reales.
Por tres id. 11 »
Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al ADMINISTRADOR DE GIL BLAS.

Director: LOUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año. 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces a la semana, jueves y domingos.

Administracion y Redaccion, Huertas, 27, prel.

Toda suscripcion de provincias hecha por correo misionado costará dos reales más.

Dibjante: JOSE LUIS PELLICER.

Crónica.

Desde el campo republicano, como desde un balcón en buen sitio, da gusto ver la funcion que nos dedican los partidos monárquicos.

Todos compiten con iguales brios y habilidad en aquello de correr metidos en sacos, en subir á la cueca, en arrancar la media peseta pegada á una sartén y en los demás ejercicios propios de ciertas diversiones.

La cosa va durando, demostrándose unos á otros cuál es más filibustero, cuál perjudica más á la monarquía y cuál pone más en peligro al país.

Los carlistas aun no saben si votar en pró ó en contra de la proposicion de censura, á pesar de que el catolicismo tiene soluciones para todo.

Los moderados andan á la greña sobre lo mismo. De todo lo cual se deduce claramente que el único obstáculo para la felicidad del país somos los republicanos.

Los que inventaron la anexion de Santo Domingo y habian olvidado que la abandonaron despues, han recibido el más oportuno auxilio del Sr. Figueras en una de las últimas sesiones.

Conmovidos por esta prueba de afecto, andan discutiendo si le levantarán una estatua ó un caramillo.

Como GIL BLAS es periódico de pocas dimensiones, no podemos publicar aqui, como convendria, la lista de los últimos crímenes. Ni la seccion de asesinatos, ni la de reyertas, ni la de estafas son tan mezquinas que encuentren espacio suficiente en nuestras columnas.

Nuestros lectores ya saben poco más ó menos el orden y la moralidad que suelen reinar en el seno de las sociedades bien organizadas.

Poco más, poco menos...

Ahora les toca á los cimbríos llevar el sambenito; están de turno, y los progresistas se lo han reservado con la mayor escrupulosidad.

Todo aquello que fronterizos, cimbríos y calamares decian al unísono contra los federales, lo dicen ahora calamares y fronterizos contra los cimbríos, amenizándolo con pormenores nuevos y curiosos.

No se lo envidiamos, ni mucho menos.

Por estas asperezas se camina...

No es verdad, dice un periódico, que el duque de la Torre haya visitado al rey.

Lo creemos... Su cara no es cara de hombre que va á palacio.

Vuelven á anunciarse disgustos entre varios hombres políticos.

Aun no se sabe en qué restaurant terminarán.

La política progresista es, como si dijéramos, el teatro de Comella.

Siempre tiene un negro sensible ó una moscovita idem, mucho entrar y salir en la escena, comparecería militar haciendo evoluciones... no les falta más que un argumento racional, arte y sentido comun.

De lo demás, en grande.

Ahora celebran frecuentes reuniones, hablan de conspiraciones democráticas, queman incienso á la deidad, cantan coros al orden y buscan aquellos papeles que todo traidor tonto de melodrama tiene escondidos en vez de haberlos quemado.

Y hé aquí lo que sucede y cómo se pasa el tiempo en la patria del Cid y del Bobo de Coria.

Roberto Robert.

¡QUÉ MIEDO!

Hace pocas noches se acostó el Sr. Candau pensando en La Internacional y en el reparto de bienes.

Su sueño fué agitado, revuelto, convulso, estrafalario.

Vió á Nocedal con el Terso del brazo, y á Zorrilla con un barril de petróleo. Ambos le daban á escoger.

Vió á la Milicia correr apresurada por las calles para llegar á tiempo de salvar la sociedad.

Vió á los hombres de barbas negras que se presentan en esos casos con cajas de fósforos, teas y barriles dispuestos al incendio; los vió con grandes sacos dispuestos al saqueo, con ojos lujuriosos dispuestos al estupro, con puñales de á media vara dispuestos á la matanza.

Vió correr apresurados pidiendo socorro y buscando refugio á los recién-engordados, á los há poco enriquecidos, á los vinateros de Isabel la Católica, á los salchicheros condecorados y á los improvisados dueños de fincas.

Vió, en fin, tan estupendo desorden, tan indescriptible desconcierto, tan angustiosa lucha, tan terrible matanza, que hasta llegó á ver á los redactores de GIL BLAS asomados á los balcones de la redaccion, gritando: «¡Haya piedad! ¡Orden! ¡Dios se conduela de nosotros!»

Y como el Sr. Candau, aunque sea ministro, no deja por eso de ser un paleta supersticioso é ignorante, al levantarse al dia siguiente ha coordinado sus ensueños de la noche, se ha asomado al balcon para ver si notaba movimiento en las calles, ha llamado á la criada para preguntarle qué se decia en la plaza, y despues de convencerse de que en España no ocurría novedad, ha filosofado un poco, todo lo que puede filosofar, y háse dicho:

«Sin embargo, si de lo que yo soñé anoche nada hasta ahora ha resultado cierto, no hay quien me quite de la cabeza de qué por lo ménos es un aviso del cielo, donde ya debe saberse que yo soy ministro y donde mi ángel tutelar habrá buscado medio de avisarme. Me pondré en guardia.»

Despues de este raciocinio se ha vestido apresuradamente, se le ha olvidado la corbata, se ha puesto el chaleco del revés, ha tomado un chambergo en vez del gibus, se ha sorbido una jicara de chocolate que le ha abrasado el gáznate, ha subido en su coche, se ha metido en palacio y le ha dicho á D. Amadeo:

«Señor: La sociedad se hunde, el gobierno se derumba, la Constitucion tiembla dentro de la caja de plata en que la hemos encerrado, el trono de V. M. se tambalea. ¡Ah, señor!

«La prensa se desboca, La Internacional nos acorrala, la propiedad pelagra. ¡Ah, señor!

«Los partidos todos, las fracciones todas se unen, se agrupan, se convienen para derribar este gobierno fuerte y liberal, este gobierno de notables, este gobierno de lumbreras. ¡Ah, señor!

«Hay bombas, hay cañones, toda la tropa está vendida, todo está arreglado, todo concertado para dar el golpe. ¡Ah, señor!»

«Pero ¿cómo sabe Vd. todo eso?»

«Señor, lo he soñado, y los sueños, dicen en mi pueblo que son avisos del cielo.»

Y al ir á añadir: «Tengo miedo,» se ha rehecho su excelencia y ha dicho á D. Amadeo: «Pero... aquí estoy yo.»

Desde Palacio ha ido á buscar casa donde esconderse en un apuro, ha avisado á sus compañeros para que estén prevenidos, ha visitado las redacciones para que anuncien el peligro á las gentes de orden, ha notificado el plan de los revoltosos á la liga de los trece periódicos para que tome sus medidas, ha visitado los cuarteles, ha arengado á los comandantes de Milicia que tienen ya la cruz, ha estudiado sobre un plano de Madrid el sistema de defensa, ha avisado á su familia que compre pan para un mes, ha ocultado sus botones de pechera y su papel consolidado bajo siete estados de tierra, ha telegrafiado á las naciones vecinas, se ha provisto de un pasaporte para el extranjero tomando un nombre supuesto, y...

Despues se ha presentado en el Congreso.

Todos le han visto desenchajado, lleno de sudor, con los ojos saltones, descompuesto el traje, crispado el bigote.

Ha saludado con cariño á Lostau, ha sonreído á Pi y á Figueras, ha comprado, en fin, simpatías á todos los que huelen á demagogos.

Y cuando se disponía á decir á las Córtes, á notificar al país el horrible plan que el ángel de su guarda le ha revelado en sueños, se ha levantado el Sr. Zorrilla, le ha preguntado, le ha acorralado y le ha puesto de relieve para que todos se rían de él y se burlen y se diviertan comparándole con los chicos y los labradores, que creen que los sueños son avisos del cielo.

¡Como si uno no pudiera soñar! ¡Como si no pudiera ser verdad lo que sueña un ministro cuando es andaluz!

¡Como si no entrara en lo posible que pudiera suceder todo lo que el Sr. Candau ha visto de noche, estando en calzoncillos y con el gorro calado hasta las orejas!

Pero, el Sr. Candau está satisfecho porque ha cumplido con su deber. Ha avisado á D. Amadeo, ha pronunciado indirectillas en el Congreso, ha tomado sus medidas de conservación paternal, ¿qué más le corresponde hacer? Nada: esperar el golpe, y eso ya lo espera él tranquilo.

¿Tranquilo?—Supongamos.

M. Matoses.

CONSEJO DE CALAMARES.

Con deseos de tomar un acuerdo singular al ver la proposición de censura, la reunión tuvo ayer tarde lugar.

Sagasta la presidia, Malcampo estaba muy serio, Candau perorar quería, pero Bassols nada oía y Angulo era un cementerio.

Rascándose la mejilla y acercando más la silla dijo Sagasta por fin: —¡Señores, se armó el jollín, y este jollín es Zorrilla!

Candau se quiso asombrar, y al hacerlo vino á dar á Angulo un fuerte respingo, como quien juega al billar y toma á Angulo por mingo.

—«¡Que ze junda er mundo entero antes que triunfe eza gente, aquí estoy yo con zalero, y aquí está mi compañero Marcampo, que es un valiente!»

Esto Candau expresó, y Malcampo se asombró porque él también quiso hablar, pero no pudo expresar lo que en el alma sintió.

Así Candau proseguía: —«No zuerto al primer tiron mi puesto... ¡quía...! ¡boberia! ¡y de la Gobernación! ¡déjeme usted que me ría!»

«Toda mi vida piando por conseguir argun mando, y hoy que lo llevo á lograr, ¿piensan que lo he de soltar? ni que yo fuera un *jilando*.»

«Si la tal proposición llega á tener votación, yo por eso no me altero; ya que entré por broma, quiero aprovechar la ocasión.»

Y convinieron allí en que no deben caer aunque lo voten así, que están bien en el poder simplemente *porque sí*.

En vano será vencerlos con una y con otra soba y en la extremidad ponerlos; será preciso barrerlos del banco con una escoba.

Luis Rivara.

¡EL ANIVERSARIO!

¡Ah!! ¡Oh!!!

Séame lícito encerrar en ese par de concisas exclamaciones toda mi sorpresa y todo mi disgusto: yo necesitaba desahogarme; ya me desahogué. Adelante.

El asunto no era para ménos, y quisiera yo ver en mi lugar á los hombres de mayor energía y de más entereza en las adversidades y contratiempos para observar cómo sobrellevaban tal desengaño. Ya comprenderán Vds. á qué desengaño me refiero, ¿eh? Digo, me parece que la cosa está en la conciencia de todos.

A fuerza de oirlo repetir mucho, he llegado á convencerme de que *el catolicismo* y *el monarquismo* son los dos caracteres más distintivos del pueblo español: los españoles somos valientes, leales, nobles, generosos, emprendedores (hólgazanes, si se quiere); pero antes que todo esto y sobre todo esto, el buen español, el español neto, es *católico* y *monárquico*.

Quando adquirí definitivamente este conocimiento hiciéronme creer que yo era monárquico de Isabel de Borbon, y tanto me lo decían y tanto me lo porfiaban que llegué casi á creerlo, y si se descuidan un poco en echarla, acabo por creerlo del todo. Afortunadamente como la adquisición de las convicciones anteriores habia sido laboriosa no me quedó tiempo para ultimar la otra, y á la postre convinimos todos en que, aunque el público español era monárquico, eso sí, no lo era de Isabel de Borbon, sino de Amadeo de Saboya.

Así, al ménos, lo habian declarado solemnemente 191 representantes del país, determinando el día 16 de noviembre de 1870 que diez y seis millones de españoles dedicasen su respectiva porción de entusiasmo monárquico al fundador de una nueva dinastía.

Y vean Vds., llega el 16 de noviembre de 1871, llega el aniversario de tan solemne día, llega el cabo de año de esta mudanza de domicilio de nuestro entusiasmo, llega... y pasa... y... nada; ni un festejo público, ni un regocijo oficial, ni... vamos, nada: ¿ha visto Vd. cosa más incomprensible?

Porque, naturalmente, es lo que uno dice: nace cualquier pelgar, se casa un pelagatos y los parientes y los amigos manifiestan de alguna manera su alegría, y aquí pasa el juéves—porque fué el juéves—y ni hay colgaduras, ni fiestas, ni cosa parecida: señor, ¿en dónde estamos?

Pues nada más que ocho días antes habia yo comenzado á pensar en el dicho aniversario.

Y hasta en sueños oía los gritos de la muchedumbre entusiasmada, que recorría las calles y plazas entonando himnos patrióticos y tocando aires nacionales con guitarras y bandurrias y panderas: parecíame ver ondulando en todos los edificios públicos la bandera nacional; creía descubrir vistosísimas y numerosas iluminaciones, y pasaban en tropel por mi imaginación felicitaciones del Congreso á D. Amadeo, felicitaciones del pueblo al Congreso; inmensas gorras de pelo y raquícos chaquetones de paño siendo objeto de generales aplausos... sería interminable explicar lo que yo esperaba.

Amanece el día 16, me lanzo á la calle, y, lo digo sinceramente, se me cayó el alma á los pies; frío en la atmósfera, frío en el suelo, nubes en el aire y silencio en la tierra.

Bien se me alcanza que aquellos *ciento noventa y uno* que juntos votaron, hoy están desunidos; harto echo de ver que las circunstancias han variado mucho; llevo hasta sospechar que alguno—bien que no lo diga—daría bastante por recoger su voto; pero estas pequeñas disensiones de los vasallos no merecen que hayamos olvidado nuestros deberes de súbditos.

¡Oh, y los hemos olvidado completamente! El pueblo ¡ingrato pueblo! nada ha hecho espontáneamente para expresar su gratitud al señor que se digna cobrar esos miserables treinta millones.

Los diputados pensaron en felicitarle, y despues desistieron de sus propósitos.

El ministerio quiso solemnizar el día concediendo un indulto, y... ni esto ha podido ser; no habia á quién indultar.

Solamente—¡loado sea el Hacedor Supremo!—solamente á un colega se debe que el día no haya pasado olvidado del todo.

Esé periódico ha dedicado á D. Amadeo una plana de felicitaciones en letras muy gordas.

Ménos mal; ya puede telegrafarse á las córtes extranjeras.

Y—¡dichosa coincidencia!—el periódico en cuestión, *único felicitante*, se llama *La Prensa*.

De suerte que puede uno presumirse qué efecto producirá en Europa un telégrama oficial que diga:

«*La prensa felicitó á D. Amadeo.*»

A. Sánchez Perez.

LOS PEQUEÑOS POEMAS.

Sea en buen hora, como afirman algunos, la poesía lírica de carácter puramente subjetivo; sea de carácter subjetivo también el sentimiento de lo bello, esencia verdadera del arte; en todo caso, lo que no puede negarse es que ni el artista puede prescindir en sus creaciones del mundo exterior que le rodea, ni, puesto que pudiera, debería hacerlo si aspiraba á ser comprendido por sus contemporáneos.

Cada época tiene en la historia del género humano su carácter particular, y ese carácter se refleja constantemente en su poesía.

Ni los personajes del Mahabarata y del Ramayana sienten y obran como los dioses de Homero, ni aquellos se parecen á los héroes de Virgilio, ni existe comparación posible entre estos y las concepciones de Dante.

Preciso es, sin embargo, poseer lo que podría llamarse el sentido estético, exquisito gusto, alma de artista y clarísimo entendimiento para hallar la belleza en los objetos de que estamos siempre rodeados, y con los cuales la costumbre y el trato frecuente nos familiarizan desde la niñez. Solamente espíritus verdaderamente privilegiados alcanzan á ser poetas de su siglo.

En lo que aparece á nuestros ojos velado y casi desvanecido por el tiempo, en esas grandezas (?) que parecen serlo á través de las grandes distancias que nos separan de ellas, estudiando los libros de sus sabios, admirando los versos de sus poetas, contemplando los lienzos de sus pintores, fácil es hallar poesía sencilla, encontrar inspiración, porque solo la parte bella de esas épocas miramos; pero abstraer de los objetos que vemos y tocamos continuamente la parte bella, separarla de los accesorios prosáicos con que generalmente la encontramos y darla forma, eso pueden hacerlo muy pocos.

Quintana, cantando *La imprenta*, es poeta de su siglo.

Campoamor, escribiendo *Los pequeños poemas*, es artista de su época.

Los pequeños poemas—ó los poemitas, como acaso hubiera dicho, con ménos propiedad ciertamente, algun purista exagerado—son hasta ahora para el público cuatro: *El tren expreso*, *La novia y el nido*, *Los grandes problemas* y *Dulces cadenas*, coleccionados en un tomo de excelente papel é impresión esmerada.

Original en estas como en todas sus obras, revela Campoamor en *Los pequeños poemas* una flexibilidad de ingenio y una profundidad de pensamiento que parecerían incompatibles con la sencillez y claridad de lenguaje si al leer cada uno de los cuatro poemas no se viesan armonizadas en ellos unas y otras condiciones.

Siente como artista, piensa como filósofo, describe como sabio y habla como académico; así y todo, sus poemas son inteligibles para los espíritus más vulgares: dígame si es triunfo envidiable el obtenido por el poeta.

¿Será necesario que justifique mis asertos?

No seguramente: cuantos en España han consagrado algunos instantes de su vida al ameno trato de las letras conocen el nombre de Campoamor.

¿Qué podría yo decirles de nuevo haciéndoles observar pinceladas vigorosas, cuadros llenos de animación y expresivas imágenes?

¡Ah! si Campoamor fuese un autor novel, si fuese un poeta desconocido todavía, ¡cuántos y cuán bellísimos rasgos podrían escogerse en sus pequeños poemas para formarle una reputación!

Si buscáramos frases felices y expresivas hallaríamos en *El tren expreso* aquello de

Empezó el tren á trepidar andando con un *tragin de fiero encadenada*.

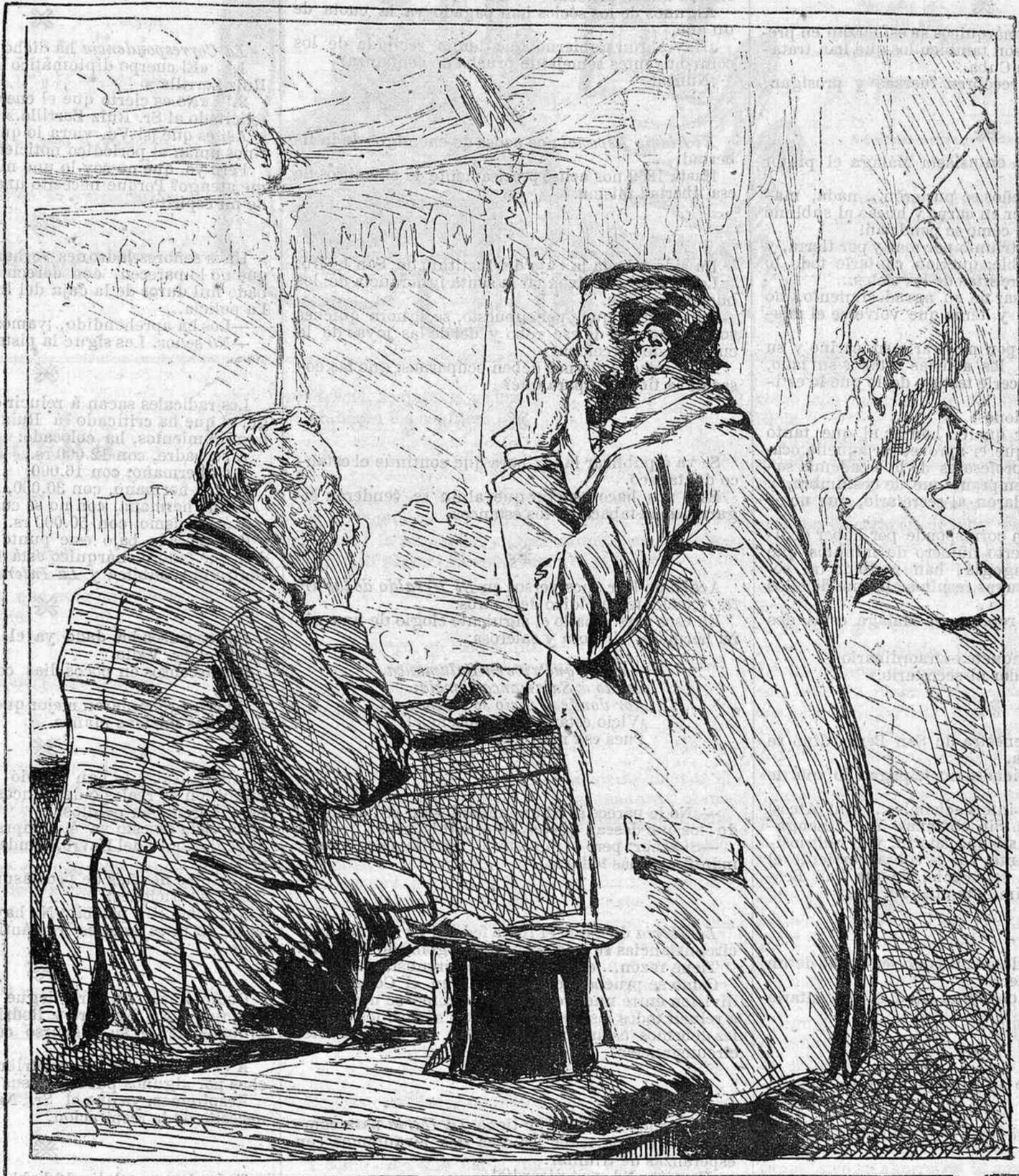
Dice despues del tren que

parecía un leon con melena de centellas.

Si buscáramos descripciones acabadas y cuadros completos podríamos elegir entre ellos este trozo del mismo poema, cuya belleza apreciarán cuantos hayan viajado de noche:

¡Calor de fragua á un lado, al otro frío!
¡Lamentos de la máquina espantosos,
que agregan el terror y el desvarío
á todos estos limbos misteriosos!
¡Las rocas, que parecen esqueletos!
¡Las nubes con entrañas abrasadas!
¡Luces tristes! ¡Tinieblas alumbradas!
¡El horror que hace grandes los objetos!
¡Claridad espectral de la neblina!
¡Juegos de llamas y humo indescriptibles!
¡Unos grupos de bruma blanquecina
esparcidos por dedos invisibles!
¡Masas enormes!... ¡Límites inciertos!
¡Montes que se hunden! ¡Arboles que crecen!
¡Horizontes lejanos que parecen
vagas costas del reino de los muertos!
¡Sombra, humareda, confusion y nieblas!

EN EL CONGRESO.



¡¡Señores!! Esos puntos negros ya no se pueden resistir...

¡Acá lo turbio! ¡Allá lo indescrrible!
¡Y entre el humo del tren y las tinieblas,
aquí una cosa negra; allí otra horrible!»

Y leído esto, confesaríamos que no es posible describir mejor.

Y nada he dicho de *La novia y el nido*, y nada de *Los grandes problemas*, ni de *El buen cura del pilar de la Oradada*, que

Como todo lo da, no tiene nada,

y precisamente el cura y su penitente son dos bellísimas concepciones, realizadas de un modo inmejorable.

A pesar mio tengo que resistir á la tentacion de copiar la descripcion de aquel pueblo,

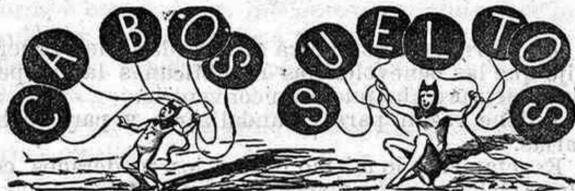
..... fundado sobre un llano más grande que la palma de la mano.

Ignoro si mata el amor; pero si matara, indudablemente mataria, como supone el poeta, al hacer morir á Teodora, que en su momento último

Con las manos el pecho se oprimia queriendo hacerse el corazon pedazos. Se incorpora despues, alza los brazos, estrecha en ilusion alguna cosa en medio de la fiebre que la abraza, y dice con sonrisa voluptuosa dejándolos caer: «es él, que pasa.»

Pero... ya lo he dicho; el autor de *El drama universal* no ha menester nuevos lauros para ceñir con justo y general aplauso su envidiada corona de poeta: renuncio pues á fundar la opinion que acerca del libro he manifestado, seguro de que cuantos conocen y admiran al Sr. Campoamor han de estimarla justa, y hasta convencido de que mis elogios parecerán pálidos á los que leen *Los pequeños poemas*.

Uno.



El matar á todos los pobres no tendria más que un inconveniente, y es que, una vez muertos, no podrian hacerse la competencia que abarata los jornales en beneficio el capital.

Por la cuenta de un periódico han sido 33.000 las personas presas en Paris despues de la caída de la *Commune*.

Si se las fusilase á todas estamos seguros de que no perceria ninguno de los que sustentan el lujo de las mujeres perdidas; ninguno de los que en el teatro, en la novela ó por medio del pincel han corrompido las costumbres; ningun agiotista; ningun cómplice del golpe de Estado; en fin, creemós que Francia podria continuar la alegre y brillante existencia que ha llevado hasta Sedan.

Durante la última discusion del Congreso, y á pretexto de hablar de Cuba, los radicales muestran temores de que el bando calamar impida la consolidacion de la nueva dinastia.

Los fronterizos temen tambien que si vuelven los radicales al poder no se consolidará el nuevo trono.

¡Pobre don Amadé-!
¡Cómo lo zarandé-
dentro del capitú-
de la isla de Cu-!



La Epoca, en presencia de los sucesos de Béjar, pide al gobierno medidas radicales.

Se ha equivocado. Quiere decir medidas calamitables.



Varios periódicos monárquicos se esfuerzan en probar que monárquicos son también los que han tratado de vender la isla de Cuba.

Descansen un rato, recobren fuerzas y prosigan, que va bien.



Llegó hace poco a la entusiasta Málaga el pintor Fortuny.

Los artistas malagueños se pusieron... nada, malagueños, artistas y ver en carne y hueso al sublime Fortuny, ¡figúrese Vd. cómo se pondrían!

Querían pasearlo en triunfo por mar y por tierra, y por el aire, á ser posible; querían cantar todo lo cantable, regalarle estrellitas de los cielos...

Pero Fortuny, á pesar de su agradecimiento, no era dueño de sí mismo y tenía que volverse el mismo día.

Entonces, siquiera por mostrarle su cariño y su admiración, quisieron los artistas estar á su lado, sentarle á su mesa, hacerle testigo de lo que le estiman, y así lo hicieron.

¡Oh poder de las pasiones!

Por hacerlo así; por querer honrar al que tanto honra á su patria; por querer aprovechar aquella ocasión, quizá única, los profesores de la Academia salieron aquel día más temprano que de costumbre, y ¡oh mengua! no convidaron al secretario, que no es artista.

Denunciados á quien corresponde por haber dedicado al entusiasmo cierto número de minutos que pertenecían á la pedagogía, han recibido un solemne rapapolino, de cuyas resultas algunos de ellos han hecho dimisión.

Desde aquel día se repiten en Málaga estos dos versos:

«Para todo banquete extraordinario
procura convidar al secretario.»



El contratista de menestra de San Bernardino se ha declarado en huelga.

Dice que si las autoridades no le pagan lo que le deben, no fia más.

Pues como decía, los internacionales... ¡Oh! ¡Ateos! Los filibusteros... ¡Oh! ¡Sin entrañas! Y... desengáñese Vd. la caridad cristiana, patatin, y la religiosidad, patatan, y pregunte Vd. si cobra corriente el rey, y persuádase Vd., señor mío, de que San Bernardino es un establecimiento piadoso.



El papa dice que no desea más que ser dueño de un pequeño rincón de la tierra.

Cualquiera internacional á su edad se contentaría con lo mismo.



La ex-reina Isabel se propone comprar un palacio en el Havre.

¡Desgraciada!

¿Por qué al comprarlo no le regala al papa ese rinconcito que desea?



Hace poco recibió el rey unos polvoristas de Manresa y les nombró proveedores de la real casa.

Y hace menos que ha ardidado la fábrica, matando á cinco hombres y rompiendo todos los cristales de Manresa.

Cualquier economista puede ver aquí un medio indirecto de proteger la industria vidriera.



En los días de mi vida he visto un bofetón como el que dicen ha dado al Sr. D. Amadeo su fiel súbdito Sagasta.

El día 16 se presentó á felicitarle por el aniversario de su elección, y le dijo:

—Señor, mis amigos no vienen á felicitar á V. M. por no recordarle que solo es V. M. rey merced á 191 diputados de cerca de 400 que componían las Cortes.

O lo que es lo mismo:

—Señor, mis amigos no vienen por no recordarle hoy que es V. M. rey de España por una chiripa. Con que sépalo V. M. si no lo sabía.

¡Valiente bofetón de cuello vuelto!



La Pereza... Pero no. El libro de versos que con este título ha publicado Ferrán merece un artículo aparte.

Baste saber que *La Pereza* es un libro de versos, que Augusto Ferrán lo ha escrito y que tratará de él quien de esas cosas entienda.



Ciento cincuenta son ya los individuos inscritos en la Sociedad de escritores y artistas. Hay entre ellos poetas, periodistas, autores dramáticos, mimicos, pintores, dibujantes, grabadores... y una buena voluntad á toda prueba.

Algunos de los socios han pagado ya la cuota de un año.

¿Hay algún gobierno que tenga recibida de los contribuyentes semejante prueba de confianza?

¡Nunca!



El Diario Español nos acusa de enemigos de la libertad.

Hasta 1869 nos acusó precisamente de enemigos de esa libertad misma.



Ha sido robada la Caja del Instituto de San Isidro. Los tribunales viven en la santa ignorancia de los buenos tiempos.

Quiero decir que, por supuesto, se ignora quiénes son los autores de ese robo y del de las joyas de la custodia de Barcelona.

Las verdades eternas deben ocuparnos; que las cosas de la tierra... ¿para qué?



Se va á publicar la ley para que continúe el estanco del tabaco.

Esto nos hace esperar que al fin se venderán cigarrillos de tabaco en los estancos.



Acabo de leer unos versos en *El Heraldo de las artes*, excelente periódico de teatros.

En esos versos hallo el siguiente elogio de una niña hermosa, virtuosa y salerosa:

«Flor que vive en Salamanca,
dando á Salamanca esencia;
flor donde el vicio se estanca...»
¿Vicio estancado? ¡Inocencia!
Pues esa niña no es manca.



—¿No le parece á Vd que manifiestan sed de mando los que desean que caiga el ministerio?

—Sí señor; pero el ministerio, resistiéndose á caer, manifiesta más todavía.



La Iberia dice que si fuera federal en las presentes circunstancias se encontraría avergonzado de serlo. Tiene razón... en las presentes circunstancias.

Como se prueba todos los días en el Congreso la división entre nuestros hombres; como se nos sacan á relucir todos los días expedientes súcios, los federales debemos estar avergonzados... en las presentes circunstancias.



Uno de los motivos que tiene *La Iberia* para combatirnos es que todos los días nos levantamos con esperanzas de triunfar.

¡Ha visto Vd. qué picardía!

¿No es mucho mejor levantarse uno con la esperanza de que le acusen de desfalco ó de haber querido vender la isla de Cuba?



Dos cosas nos han matado en concepto de *La Iberia*: el coronamiento del edificio y *La Internacional*.

En cuanto al coronamiento, haremos lo que los progresistas, esperar á que nos ayuden á sacar la sardina, y en cuanto á *La Internacional*...

Lo más acertado es copiar textualmente las palabras de *La Iberia*:

«Entre la monarquía y *La Internacional* los federales han muerto.»

Bien analizado este párrafo, solo se encuentra un cadáver: la gramática.



La Iberia se escandaliza al recordar que Figueras dijo que las benevolencias republicanas las dispensaría siempre que pudieran convenirle.

Y tiene razón para escandalizarse y para rechazarlas.

Exactamente lo mismo hacían los moderados con algo más que complacencias entre progresistas y unionistas en 1868.

Ellos también rechazaban esas monstruosas (¿no es así?) uniones entre víctimas y verdugos.

¡Pícaros moderados!

¡Virtuosos progresistas!



Aun faltan que vender bienes nacionales cuyo importe asciende á unos 4.000 millones.

¡Si tuviera yo tan segura la lotería como el que nos quedaremos al cabo sin esos millones y sin esos bienes...!



La Correspondencia ha dicho dos cosas:

1.ª «El cuerpo diplomático ha felicitado al señor Ruiz Zorrilla.»

2.ª «No es cierto que el cuerpo diplomático haya felicitado al Sr. Ruiz Zorrilla.»

Así es que ¡si Vd. viera lo que zorrillistas y sagastinos aman al periódico noticiero!

Pero yo, que no soy lo uno ni lo otro, ¿á qué noticia me atengo? Porque necesito una para la tranquilidad de mi espíritu.



Unos señores ladrones se han creído, como otros que no lo parecen, con derecho á lo ajeno, y han robado mil duros de la caja del Instituto de San Isidro. La policía...

—Los ha aprehendido, ¡vamos!

—No señor. Les sigue la pista.



Los radicales sacan á relucir que Navarro y Rodrigo, el que ha criticado á Ruiz Zorrilla por ciertos nombramientos, ha colocado:

A su padre, con 12.000 rs.,

A su hermano, con 16.000,

A otro hermano, con 30.000,

A una hermana, con no sé cuánto,

Y á él mismo, con 50.000 rs.

Considerado bajo este punto de vista, ¿no es verdad que todo monárquico está en el deber de votar contra la república y *La Internacional*?



Dos ascensos ha dado ya el Sr. Angulo á su pariente el Sr. Valle.

Dos ascensos en pocos días con aumento de 15.000 reales.

Ellos no gobernarán mejor que los moderados, pero tienen las mismas mañas.



A doña Isabel le han robado alhajas por valor de un millón de reales ó de francos, que ni se sabe ni se para la gente en pelillos.

En vista de esto va á comprar un palacio en las inmediaciones del Havre, donde cantará de noche sus penas.

¡Cuántas novelas de peor asunto consiguen millares de suscripciones!

¡Un robo! ¡Un palacio! No hay más que añadirle la salsa de unos amores románticos y... anunciar el libro.



Cuando este número llegue á manos de nuestros lectores, el Sr. Navarro y Rodrigo habrá terminado probablemente su discurso contra la política radical.

A este feliz éxito han contribuido las rogativas hechas por algunos pueblos á sus santos tutelares.

Respiremos, ya que el Sr. Navarro y Rodrigo no necesita de la respiración.



Todos los que el día 16 había en Madrid de aquellos 191 que creían que podían hermanar la monarquía y la democracia, han ido á felicitar á don Amadeo del aniversario de su nacimiento en España.

Alguno de ellos le ha dicho: «Señor: estamos satisfechos. La democracia rebosa por todas partes, gracias á la dinastía de V. M., que...»

Porque también ha habido puntos suspensivos.



—¿Con que está en moda la palabra *domesticidades*?

—Sí señor; es una palabra muy significativa.

Serrano ha repartido medio presupuesto entre sus parientes: *domesticidades*.

Ríos y Rosas, ídem de lienzo.

Zorrilla y Sagasta, por el mismo consiguiente.

Hasta Rodrigo y Navarro, autor de las *domesticidades*, ha colocado á los suyos.

Cada cual procura, después de hacer la felicidad del país, arreglar los asuntos domésticos de la manera que Vd. ve.

Nota. En estas *domesticidades* no se cuentan los desfalcos, expedientes súcios, limosnas extraviadas, ventas que son una picardía, ni otros excesos.



El miércoles estuvieron en palacio D. Joaquín Rius y su esposa doña Josefa Rius, hermana del conde de Rius...

¡Así da gusto escribir la historia!

«En 1871 vieron al rey todos los Rius!»

MADRID: 1871.

IMPRESA DE B. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.